

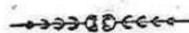
LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitución núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

El Crepúsculo.

DEDICADO Á D. VÍCTOR BALAGUER.



¡Hermosa hora la del crepúsculo! ¡Momento sublime de santos recuerdos que se muestran á su pálida luz sin el frío velo del olvido!

Hora de tormentos y felicidad, de placer y pena. En esta hora el alma llorosa que gimiendo avanza por el breve espacio de la vida en alas de la cristiana resignación, corre á ocultar su desolación y sus lágrimas en la noche que envuelta en sombras paulatinamente se adelanta.

¡Oh! ¡Bendita seas, bendita, hora de gloria y magestad! Tú nos muestras un día que se estingue y una noche que se levanta, y lanzas tus postreros reflejos sobre el mundo que á dormir empieza, y dejas tus recuerdos á los seres que viven sufriendo junto con la esperanza de verte aparecer de nuevo!

¿Habeis visto alguna vez desde una eminencia confundirse el valle y la montaña, el lago y el rio, verdaderas imágenes de la tumba, teniendo sobre vuestra cabeza ese tropel de cenicientas nubes de todas formas y actitudes que amenazan descender á la tierra, y hacen surgir de la ardiente fantasía mil augurios de muerte y fatalidad?

¿Habeis visto también la gigante sombra propagarse por la tierra, deslizarse sobre la

mansa y sosegada corriente del rio, dejando en pós de sí una espesa bruma que encubre como un aterciopelado manto sus márgenes amenas, oyendo solamente el apacible murmullo de sus aguas?

Si todo esto habeis contemplado, vuestro corazón se habrá conmovido; habrá sentido un estremecimiento indefinible; vuestra sangre habrá corrido rápidamente por vuestras venas; suspiros ahogados habrán movido vuestros labios; vuestra mirada se habrá fijado ardiente y fascinadora en las tupidas nieblas que fantásticamente pueblan el rio, porque de ellas habeis visto brotar una imagen real y palpitante, visible solo para vosotros, que aceleradamente se avecina, y al llegar á vuestro lado, murmura á vuestro oído: «Yo lloro contigo; por tí vivo; por tí espero»; y vuestros brazos anhelantes se habrán estendido para abrazar aquella seductora forma que huye y no podeis alcanzar porque siempre encontrais en medio de los dos un aterrador vacío.

Y escuchais gritos extraños, palabras mordaces, carcajadas y risas que forman el voluble cortejo de la loca humanidad que acude á vuestra fantasía, burlándose de vuestros dolores. Entónces retorceis vuestras manos con desesperación; la fiebre se apodera de vuestra cabeza, y quisierais tener valor para arrancaros con vuestras propias manos el corazón que tumultuosamente se agita dentro del pe-

cho. En medio de vuestro delirio oís un grito que á todos domina, grito tristísimo, doliente y lastimero. Es la voz de un bien pasado que en un gemido del alma os arroja su recuerdo.

¡Oh! cuántos tormentos y cuantos consuelos das al corazón que te espera, hora del crepúsculo! Tus fantásticas visiones hieren el alma que las contempla; y solo á los postremos reflejos de tu fulgor se vislumbra la razón que divaga perdida en un mundo de febriles ilusiones. El corazón que padece busca la soledad que te rodea, cansado del fingimiento que arrastra por el mundo; ante tí se despoja de su máscara, y te muestra su profunda herida, sangrienta y enconada; tú eres su consuelo y el bálsamo que la dulcifica, y solo á tu luz encuentra solaz á sus dolores. Tú pueblas la vida de recuerdos; evocas la memoria de los seres que fueron; y con el torrente de lágrimas que se desprenden de nuestros ojos, apagas la llama que con insegura mano encienden en nuestro pecho las arrebatadoras visiones que se arrojan á nuestro paso, cuando la razón vacila, y nos encontramos cara á cara con tu imponderable magestad.

En medio de esa soledad y recogimiento que siempre traes contigo, que tanto se desea y ansía, hay momentos en que sentimos mil estremecimientos de pavor. Un cuadro el más luctuoso se ofrece á nuestra vista que refleja el pasado y el porvenir con tristísimos y melancólicos colores. Entónces quisiéramos huir, huir siempre; y en nuestra desatentada carrera hallar el seno de un amigo en el cual pudiéramos reposar nuestra cansada frente; y giramos la vista en nuestro derredor, y solo encontramos soledad y desamparo.

¿Por qué si Dios dijo á los mortales: «Amaos como hermanos,» no hemos de seguir su precepto divino, viviendo fraternalmente? ¡Ay! El mundo divaga en un caos de confusión, y olvida la palabra de Dios para escuchar los desaciertos de los hombres. Su ciencia hija de la soberbia y de la duda, es el eco fiel de un siglo de disolvente materialismo; y la verdad, que parece pierde por un momento su imperio, se esconde medrosamente en los corazones que guardan su fé, y saben despreciar el mal que con brillantez por todas partes se presenta, para acoger el bien que solo se adorna con su pureza.

¡Es tan triste la vida de los recuerdos!! ¡Es la vida del sufrimiento! ¡La vida de la desolación!

Cuando solitaria y muda contemplo la noche que con paso tardo se adelanta, sembrando el horizonte de estrellas de plata que mezclan su fulgor con el tinte dorado del moribundo crepúsculo, dos lágrimas ardientes como las arenas de un tórrido desierto abrasan mis pálidas mejillas; y mi alma angustiada arroja un hondo suspiro que, escapándose de la cárcel de mi pecho, cruza el espacio en busca de una ilusión y de una esperanza. Lloro porque pienso en mi madre que jamás volveré á estrechar en mi seno. Suspiro por una felicidad que nunca he de poseer.

Ni la noche con sus pavorosas sombras que representan á mi agitada imaginación una mezcla de lejanos gritos y sollozos; ni la brisa que corre desatada, rozando el contorno de mi frente; ni el aroma que despiden las flores al abrir su corola á los amores que asiduamente las cercan, pueden distraerme un momento de mis profundas y desgarradoras reflexiones.

¡Ah! Cuando el dolor es muy agudo, no se encuentra consuelo en la tierra: en vano nos fatigamos. Solo en Dios halla descanso nuestra alma. Solo en la Religión hallamos un alivio!

Nada sino el penetrante frío de la noche puede sacarme de mi profundo enagenamiento. Siento mi cuerpo fatigado y mi espíritu enfermo; y débil y estenuada me abrazo con la silenciosa y estática resignación. Pierdo en este instante de vista el valle y la montaña, el lago y el río con sus flotantes nieblas y sus lánguidos fantasmas, y les digo en medio de mi pena: «A Dios, á Dios; hasta mañana.» Y nace y muere otro día; y siempre, siempre lo mismo.

¡Hora crepuscular! ¡Hora grandiosa! Hora que tanto alivio das al corazón del desgraciado y al alma que es esclava del sentimiento, yo te saludo, te bendigo y te anho. Tus misterios me cautivan; y á la luz de tus fulgores bebo en la fuente de la melancolía que forma la esencia de mi ser, y dá un nuevo impulso al valor que desfallecer se siente. Presta inspiración á la mente que apartada del mundo te admira sin comprenderte. Ro-

déala de ilusiones, y deja que se mezca en ensueños de nácar y rosa. Haz que cante la grandeza de Dios y el candor de sus ángeles. Deja que te admire, y que muera contemplándote, y mientras vá llegando el día en que se desprenda del reloj de mi vida el último grano de arena, repeliré sin cesar: «¡Hora crepuscular! ¡Hora sublime! bendita seas, bendita!!

Isabel de Villamartin.

La melancolía.

Su capullo abre la flor
En la rústica pradera,
Canta alegre el ruiseñor,
Y todo respira amor
En la fresca primavera.
Sin celaje el horizonte,
Desde estrellada techumbre
El sol la apartada cumbre
Dora del lozano monte
Con sus rayos de alba lumbre.

Fuentecilla de agua pura
En el prado uná querella
Tranquilamente murmura
Al torrente que se estrella
Bullicioso en la llanura.

Cruzan valles y colinas
Las airosas golondrinas,
Y desciende de una loma
A beber blanca paloma
En las linfas cristalinas.

De verdura se engalanan
Las risueñas alamedas,
Y en las silvestres veredas
Con sus hojas se enlozanan
Las umbrosas arboledas.

Y cantando sus arrullos
Tortolillas amorosas,
Abriendo van sus capullos
Siempre esbeltas y olorosas
Las anacaradas rosas.

Verjel entonces divino
Es el campo perfumado,
Donde olvida el peregrino
Horas y horas arrobado
Las molestias del camino.

Y en medio de aquel encanto
Oigo el murmurio del río,
De los pájaros el canto,

Y pregunto ¿por qué en tanto
Siento en mí profundo hastío?....

Descanso en mullidos prados,
Después en la selva umbría
El cefirillo me envía
Sus perfumes delicados....

¡Pero el alma está sombría!

Besa el cáliz de las flores
Una jóven inocente:

El candor de sus amores
Se refleja en su alba frente,
¡Y la miro indiferente!....

¿Qué se hiciera misterioso
El amor indefinido

Que robándole el reposo
A mi corazón sentido,
Le hacia tan dichoso?

¡Primavera deliciosa
De la vida! Puro beso
En los brazos de mi esposa
Libaba con embeleso
En sus mejillas de rosa.

Ávido del bien perdido
Dejando los bosques, entro
En la rica ciudad, centro
Del deleite y del olvido,
Mas en ella no lo encuentro!....

Deslumbrante serafín
Me dice que beba infiel
En la copa del festín;
Y en lugar de dulce miel
Bebo en ella amarga hiel!

En pos de otras romerías
Entonces sigó marchando,
Celestiales armonías
Me vienen embelesando
¡Pero son tristes mis días!

Y bajo cielos serenos
Luciendo bellas auroras,
En deliciosos terrenos
Cruzo cármenes amenos,
Y son ¡ay! tristes mis horas!....

Sepultado en el ocaso
El sol majestuosamente,
¡Cuán hermosa en cielo raso
Brilla la luna esplendente!
¡Pero está nubla mi frente!

Embargan dulces beleños
Ya de noche los sentidos,
Invoco aquellos ensueños
Otro tiempo tan risueños,
¡Y despierto con gemidos!...

Y ese hastío tan profundo
Que yo siento noche y día,
Que entre los goces del mundo
Acibara el alma mía,
¿Se llama melancolía?

Afeccion bien altanera
En verdad es ese hastío
Hondo siempre, que no altera
Con su amor la primavera,
Con sus flores el estío.

Afeccion aciaga, antigua
Que sigue en invierno acerba,
Que el otoño no amortigua,
Siempre al corazón contigua
Como ponzoñosa yerba.

En sus fases yo la sigo
Mientras arruga mi sien,
Y apurado al fin me digo:
No hay moderno, no hay antiguo
Que descrito la haya bien.

José Blauxart y Camps.

El día de Almanzor.

LEYENDA HISTÓRICO-TRADICIONAL ESPAÑOLA.

II.

Debilidades humanas.

(Continuación.)

Aquel cuadro tenía mucho de fantástico. Allí luchaban de una manera ruda y desbordada mil pasiones: bondad severa, religiosa indignación, amor sublime, generosidad, honor y abatimiento profundo. Y la lámpara del crucifijo que chisporroteaba, próxima á apagarse, daba un colorido fúnebre la escena, y proyectaba la sombra de los dos personajes sobre la pared opuesta, sombra movible al vaiven de la luz, sombra que en ciertos momentos tomaba formas caprichosas y gigantescas.

—La adoro como se adora á un ángel, repuso don Hugo escitado por el dolor mas tierno, la consagro mis mas sublimados pensamientos pero ninguna otra idea ha tomado entrada en mi pecho. Dios no tiene de que indignarse por este amor.

Y besó mil veces la mano del anciano. Este le tomó entre sus brazos y le dijo con dulzura:

—Hijo mio, eres un insensato. Debes olvidar á esa doncella.

—La olvidaré padre. Dadme vuestra bendición y orad por mi.

—Debes olvidarla, y sobre todo debes partir desde luego de este sitio. Vé, que no olvidaré tus desdichas. Dios te dará aliento.

Y acompañó al jóven hasta la puerta. Este deshizo el camino que habia hecho á su venida y al llegar al piso bajo no pudo contener dos ardientes lágrimas; eran lágrimas de fuego en que esprimia lo mas depurado de aquel amor sublime. Si hubieran caido sobre la monja por quien se vertian, sin duda la hubieran abrasado y hecho mucho daño; por fortuna aquellas lágrimas eran vertidas en la soledad y caian sobre el frio pavimento de un claustro.

Al pasar el dintel de la puerta volvió la cabeza como para dar su postrer adios á la que tal vez dormia profundamente agena á toda tempestad del corazón. Su fantasía la vió con todo retratada en la pared de enfrente.

Precipitose fuera don Hugo con la frente abrasada, en la que bullian mil encontrados pensamientos. Enjugose el sudor del rostro, y dijo:

—Si la amo sin verla, si la adoro como se adora á Dios, bien puede ser ella el alma de mis pensamientos.

Entre tanto el confesor de las monjas, que será bueno sepamos que era conocido por el nombre de padre Bernardo, tomó una luz así que se vió solo, y alumbrándose con ella se dirigió á un corredor. A un extremo encontró una puerta que abrió y le condujo á otro corredor mas estrecho. Pocos pasos despues empezó á descender por una vieja escalera y al fin de ella se detuvo para abrir otra puerta. Encontróse en un aposento reducido en el que se veía un altar y cuyas paredes cubrian algunos armarios y cuadros que representaban otras tantas imágenes de santos. Era la sacristía del monasterio.

Atravesóla el padre Bernardo y otra puerta le introdujo por fin en la iglesia, que era una bella fábrica del gusto gótico. Acercóse á las gradas del presbiterio, dejó á un lado la macilenta luz y se puso á orar con fervor.

Ahora que contemplamos el espíritu religioso de aquellos siglos al trasluz de la histo-

ria, ahora que han cambiado las ideas y las tendencias, no podemos menos de detenernos á admirar las virtudes de aquellos varones que, en siglos de hierro, hacían abstracción del mundo para entregarse enteramente á la religion y á la piedad. Bajo la sombría bóveda de un templo gótico el alma se engrandeció y se eleva á su destino; la atmósfera que allí le rodea es pura y le inculca ese misticismo, esa beatitud ese sacro amor que solo sabe inspirar la religion de Cristo. Allí el soldado iba á sepultar los laureles de la victoria, el príncipe su pasada grandeza y la pecadora sus lágrimas de arrepentimiento; y bajo el tosco sayal ó el hábito religioso encubrían sus propios dolores, y dedicaban su vida de mortificación á las almas pecadoras que buscaban paz y consuelo.

Tras una breve oracion el padre Bernardo fué á un lado del altar en donde se veía una rejilla de alambre y tiró de un cordón. Poco rato tardó en presentarse una monja, por la que mandó recado para que se presentara la abadesa Matruy.

Apareció tras la reja aquella venerable señora y el anciano le manifestó el peligro en que estaban, segun acababa de avisarle un caballero. Le indicó tambien el plan, segun él descabellado, de salir aquella noche del monasterio; la abadesa Matruy mas timorata, ó mas escrupulosa si se quiere, juzgó el plan no descabellado sino diabólico; no hemos de añadir pues que no se habló mas de aquel asunto.

Entonces fué la abadesa la que reclamó la atención del confesor.

—Me alegro, padre, que me hagais mandado llamar, porque me ahorro el hacerlo yo esta mañana al salir del coro.

—¿Qué se os ofrece hermana Matruy?

—Tenia que hablaros. Esta noche han llamado á la porteria y una mujer ha entregado una cajita para vos y para mi, con el espreso encargo de que juntos cumpliéramos la voluntad de la persona que la envia.

—¿Estraño misterio! ¿Y que puede contener esa cajita?

—Esto es lo que vamos á saber ahora mismo. La traigo conmigo, y podemos desde luego abrirla si os place.

—Como querais, hermana Matruy.

La abadesa acercó á la reja la luz con que habia venido y abrió una cajita de nacar trabajada primorosamente con cincelados de plata.

—Precioso es este regalo, exclamó el padre Bernardo; no puede venir sino de persona muy rica.

Tras estas palabras dió un grito movido por la impresion que le causó el objeto que dentro la caja venia. Era un collar de oro, pendiente del cual tenia un relicario adornado con profusion de piedras preciosas. El trabajo que en aquella joya se habia reunido era inmenso; debajo de la santa reliquia habia un diamante grueso, de un valor extraordinario. Necesariamente en aquella joya se habia invertido una fortuna.

—¿Qué os acontece, padre? dijo Matruy al observar la profunda sensacion del anciano. ¿Qué encontráis en ese relicario para que tanto os asombre?

—Ese relicario me es conocido, repuso algo turbado; se adornó con él una dama que conocí en otro tiempo.

La abadesa fijó los ojos sobre la joya con estrañeza. Bajo ella venian dos billetes. Desdobló uno que iba dirigido á ella y leyó en alta voz:

«Santa señora: la que escribió estas líneas «habrá dejado de existir cuando las recibais. «Fué madre de la monja Felinda. Vos que en «ese retiró ocupais mi lugar, le entregareis esa «joya que para mi tuvo un valor inmenso. «Hace quince años que la traia sobre mi seno, y es mi última voluntad que mi hija la «guarde como memoria de la que la mira desde el cielo.

«*Dulcia de Anglesola.*»

Acabada aquella lectura tomó la abadesa la otra carta en cuyo sobre se leía el nombre del padre Bernardo, y quiso entregársela por entre las aberturas de la reja; pero el claro que dejaba entre alambre y alambre era tan estrecho que de ningun modo logró hacerla llegar á sus manos.

—Mañana os mandaré este billete, dijo la abadesa.

—No, contestó el confesor con voz entrecortada. Vos sois una santa mujer, hermana Matruy, y no os he de guardar secreto ya que

vos me habeis leído vuestro billete. Desdoblad el mio.

Matruy rompió el sello y leyó:

«Padre Bernardo: doña Dulcia de Anglesola os puede hablar desde la tumba, porque treinta y cinco años de retiro y una muerte cristiana pueden haber borrado una culpa de su juventud. Muero sin embargo con un remordimiento: el caballero que me dió su nombre y que murió consumido por la melancolía que yo sembré en su corazón, me dejó una hija que vive; para que Dios me mire benigno necesito que Felinda me perdone el daño que causé á su padre. Deseo que os revistais de valor para confesárselo todo y para pedirle que no nos maldiga. Si la monja Felinda perdona á su madre, podrá sentarse entre los ángeles.

«Dulcia de Anglesola.»

Matruy miró al anciano que estaba abatido, apoyado á la reja y cubierto su rostro entre ambas manos.

—Este billete revela una historia terrible, repuso la monja. Siguiéron tras estas palabras momentos de elocuente silencio que interrumpió el anciano.

—Terrible historia de miserias humanas, dijo; historia que hace brotar sangre del corazón cuando la recuerdo.

—¿Fué gran pecadora la madre de Felinda?

—Doña Dulcia fué muy desgraciada. El infierno puso ante ella á un hombre en hora fatal, y este hombre la precipitó á la desdicha. Después de largos años de penitencia este hombre siente aun el peso de su pecado.

—¿Qué veo, dijo Matruy mirando por casualidad la rica joya? ¿Qué significa esta inscripción que el relicario tiene al dorso?

—Estas palabras compendian los sufrimientos de una madre y los consejos que su amor puede dictar á un hijo.

Efectivamente al dorso del relicario leíanse en caracteres góticos estas palabras:

Lo que mas se ama se pierde cuando se codicia.
El corazón es fuego. Ahógale y guarda la honra.
Si un dia la pierdes llorarás una vida.

—Estas sentenciosas palabras fueron mandadas grabar espresamente por doña Dulcia, dijo el viejo.

—¿Y á quien van dirigidas? preguntó la abadesa movida por la curiosidad de penetrar aquel secreto.

—Oid, hermana Matruy. La única persona que debía sonrojarse por esta revelacion, ya no existe. Además por esa carta suya y por una casualidad que Dios ha permitido habeis venido á penetrar en el secreto. Escuchad, pues, esta historia, ya que mis canas y mi corazón, frio ya por tocar al sepulcro, os permiten escucharme sin escrúpulo y os aseguran que mi narracion no será dictada ni por la vanidad ni por la maledicencia. Una profunda contricion es la que abre mis labios.

La monja sentóse en un banco que habia tras la reja y arreglóse su toca de modo que le cubriera enteramente el rostro, quizás para ocultar el rubor que podia asomar á sus mejillas durante la narracion que iba á escuchar. El padre Bernardo acercó un sitial de madera que habia en el presbiterio, sentóse, y empezó así:

(Se continuará.)

Juan Bautista Ferrer.

ESPECIALIDAD DE MI MIEDO.

No temo á la tempestad
con su retumbante trueno,
ni me amedrenta un veneno
ni morir en la horfandad.
No me asusta el estampido
del mortífero cañon,
ni la terrible esplosion
de un polvorin encendido.
No temo al embate fiero
de las olas en la mar,
aunque en su horrible bramar
amedrente al mundo entero.
No temo de la panterá
la mortal arremetida
ni la bárbara embestida
del tigre en su saña fiera.
No me aterra la picada
de ponzoñoso animal,
ni del javalí fatal
la terrible colmillada.
No tengo al tifus horror
ni las tercianas me abaten,
ni temo que se desaten
los diablos en su furor.

No temo á los elementos
ni á horribles enfermedades,
ni á diez mil calamidades
ni á martirios ni á tormentos.
Mas seré franco y sincero :
mientras aliente mi sér
solamente he de temer
á una muger con pollero.

VARIEDADES.

Hay actualmente en Paris una jóven viuda, que es hermosa, y además princesa del imperio ruso, circunstancias ambas que nunca han disgustado á nadie. A la tierna paloma se le hace el tiempo muy largo desde que goza de su completa libertad, así es que para vencer la tristeza tiene cada dia las mas peregrinas ocurrencias.

La noche que dieron en el Circo la segunda representacion del *Almirante de la escuadra azul*, la princesa se disfrazó de griseta y se hizo llevar á aquel teatro. ¿Pensais que se escondió en el fondo de alguna platea? Pues nada de eso; subió á la parte mas elevada donde acude todo el pueblo y que se llama *paraiso*. Un jóven rubio, de blusa blanca, y cajista de imprenta por mas señas, la hubo de notar, y en los intermedios le dirigia la palabra. Viéndose bien acogido, se permitió algunas familiaridades que solo escitaban la risa de la que él calificaba, in pecto, de conquistada.

Terminada la representacion siguió á la jóven, y á la salida del teatro la ofreció el brazo que no fué desdeñado. Atravesaron la acera yendo hácia la calzada, donde estaba tieso como un palo, un lacayo con gran librea que se apresuró á abrir la portezuela de un elegante carruaje. Dejando entonces la princesa el brazo de su acompañado, le dijo con sonrisa encantadora:—Gracias, amigo; la igualdad existe en el *paraiso*; pero en la tierra yá veis que no puede ser.

Y el coche desapareció antes que el jóven cajista hubiese recobrado sus sentidos.

Dias pasados se presentó una familia inglesa en el embarcadero del ferro-carril de Lyon, para salir con el *tren express* de la Suiza.

Ya no restaba mas que penetrar en el salon, cuando uno de los agentes detuvo una Señora de dicha familia, porque notó que bajo su schal llevaba un perrito de aguas de la raza *King-Charles*, y esto dió lugar al siguiente diálogo:

—Señora, no podeis conservar vuestro perro.

—Yó quiero.

—Los perros están sometidos á un reglamento especial y se llevan en coches separados.

—Pero no el mio.

—Señora, lo siento, pero no puede ser.

—Yo lo meteré en mi saco de noche.

—¡Es imposible!

—Pero si siempre lo he hecho en Inglaterra.

—Allí puede ser; en Francia tiene V. que pagar y separarse por fuerza de su perro.

—Pues no pago, dejaré el perro.

—Como gustéis: dádmele.

La inglesa se le puso entre los brazos, pero el empleado se le devolvió inmediatamente en medio de las estrepitosas risas de los demas viajeros.

¡Flora estaba disecada!

Se han encontrado cerca del puente de Waterloo, en Londres, los restos de un *gentleman* que debe haber sido asesinado de una manera atroz. Le faltaba la cabeza, los piés y las manos, y se cree que el cuerpo ha sido cubierto de sal para evitar que la corrupcion diera indicios de la sepultura en que se encontraba.

Dicese que el Gobierno va á ofrecer una recompensa para descubrir los factores de aquel horrible atentado.

LA MUJER.

Opinion de un soltero.

¡La mujer! limpio faro
de luz cubierto,
que del mar de la vida
señala el puerto,
donde hay amparo;
¿qué del hombre sería
sin este faro?

¡La mujer! luz del alma
que al cielo guía.
¡Pura flor, cual la aurora
de claro dia!
cuyo perfume
vuelve la vida al alma
que se consume.

REVISTA DE LA SEMANA.

Nada de particular ha ocurrido en esta capital desde que escribimos nuestra última revista: esta, por consiguiente podremos considerarla como un apéndice de aquella, ó bien como una *fé de erratas*.

La brevedad del tiempo que se nos concede para las revistas, y la aglomeracion de asuntos de que teniamos que ocuparnos, nos privó del placer de rendir un justo homenaje de admiracion á varias señoras y señoritas que honraron con su asistencia los bailes dados por la sociedad del Casino en los dias 3 y 5 del que rige.

Esta manifestacion franca, hija tan solo de nuestro buen deseo, nos disculpará con la bella mitad del género humano, y nos servirá tambien de contestacion para aquellos *Zoilos*, criticones de oficio, que han creído ver en nuestro olvido una falta de galantería.

Entre las señoras recordamos á la apreciable viu-

da del General Ena, á Doña Mariana Hernandez de Ciurana que llama siempre la atención por su hermosura y *bon-ton*; á la de Camps de Casas, Faquinet, Zapata, y Banús.

Citaremos entre las señoritas á la simpática de Puig, bella y elegante como de costumbre, á la linda y encantadora de Hernandez, y á las apreciables de Ronsart, Serra, Lloret, Mondely, Gutierrez, Danís, Salomó, Porta, Berini, Rich, Nieto de Montaos, Moy, y de Maranges, las cuales se distinguieron tanto por sus naturales hechizos, cuanto por sus elegantes *toilettes*. No parecia en ambas noches sino que se habian dado *rendéz-vous* todo lo notable que encierra en aristocracia y hermosura, el bello sexo de esta culta capital y provincia.

Los salones del Casino lujosamente alfombrados y profusamente iluminados, eran dignos de la concurrencia que ambas noches se retiró á las tres de la madrugada. Los señores que tan dignamente componen la Junta gubernativa del Casino hicieron alarde de su amabilidad y proverbial galantería para con las señoras que se sirvieron honrar los salones.

El personal masculino tuvo en las referidas noches su representación bastante numerosa; no citaremos sus nombres por no agrandar las dimensiones de esta revista-artículo, empero haremos mención de los que en nombre de la Sociedad hicieron los honores de la casa con la fina galantería que les es tan característica: entre ellos recordamos á los señores Fonolleras, Taxil, Quintánilla, Taramelly, Veray, Vilamala, Casadevall, Damon, y algun otro con quien la memoria nos es infiel.

Parece ser que con motivo del próximo alumbramiento de S. M. la Reina, la Junta directiva del Casino, fiel intérprete de los sentimientos de adhesión de tan brillante Sociedad, hácia la augusta Señora que ocupa el trono de San Fernando, tiene el pensamiento de dar un baile para el cual se hacen proyectos y preparativos, á fin de que sea digno del objeto y del motivo á que se dedica. Otras varias funciones se preparan al mismo fin por nuestro celoso Excmo. Ayuntamiento y otras Corporaciones, sintiendo no poder ponerlas en conocimiento de nuestros lectores por la reserva con que se hacen los respectivos programas.—Somos partidarios de las sorpresas.

La reunión que según anunciamos debía verificarse el Domingo último en casa de la Señora de Manresa, no se llevó á cabo por una indisposición aunque leve, ocurrida á dicha señora. Lo sentimos.

Observo, queridos lectores, que este artículo vá tomando mayores proporciones de las que me propuse tuviera, esta es la razón por que con el mayor sentimiento se despide de vosotros vuestro atento servidor—EL REVISTERO.

Felipe Zappino.

Crónica teatral.

El Domingo se puso en escena en nuestro coliseo la lindísima comedia del acreditado literato Sr. Bre-

ton de los Herreros, titulada *Un enemigo oculto*, la que fué desempeñada con acierto por todos los que en ella tomaron parte, especialmente el Sr. Lugar; con la pieza en un acto del género andaluz, *Triana y la Macarena*, finalizó la función. El Sr. Ortega se distinguió en su ejecución como lo hace en todas las del lenguaje de su país natal.

La orquesta bajo la dirección del entusiasta joven Sr. Bertran sigue proporcionando muy buenos ratos al público. El Domingo fué estrepitosamente aplaudido el dúo de tiple y barítono del primer acto de la ópera *Il Rigoletto*, interpretado hábilmente por los Señores Rivet y Mediñá; el primero con su agradable Sax-hofon y el segundo con su bien entonada flauta. El público, justo apreciador de las dotes artísticas que concurren en ambos señores, pidió su repetición entre multitud de aplausos.

Hasta el viernes no ha habido función en nuestro teatro; los motivos de tan largo período después de tres ó cuatro funciones repetidas, los sabe el empresario; el público no tiene necesidad de saber más que el precio de las localidades y abonos. Recomendamos al Sr. empresario que no juegue con el público.

Honra y provecho y la pieza en un acto *No hay humo sin fuego*, ya conocida del público, fueron las producciones que puso en escena la compañía el viernes último. La primera fué bien desempeñada por el Sr. Lugar y Sarmiento y la Señorita Samaniego. El Sr. Balestroni nos pareció algo escasado y notamos en el público ciertas muestras de desaprobación, particularmente en la escena que representa estar *beodo* papel de suyo repugnante y más aun exagerándole.

La pieza *No hay humo sin fuego*, no disgustó al público, pues á pesar de tener algun equívoco de color subido, no tiene efecto malo por ver el espectador el motivo de ellos, cual es de la afición á fumar. La señorita Samaniego bien; el Sr. Ortega se escude en papeles donde tiene que representar ó celos ó desesperación; creemos que el tonillo compungido que saca, debe guardarle para cuando haga papeles de tonto, pues hace muy pobre efecto el falsete con que nos quiere demostrar la pasión de los celos. Somos imparciales: donde encontramos mérito hacemos justicia, donde defectos, criticamos al actor.

La orquesta nos obsequió con un aire suizo con variaciones de Clarinete, ejecutado por el acreditado profesor Don Carlos Rivet, músico mayor del regimiento de Guadalajara, el que fué justamente aplaudido.

J. Cascante.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitución núm. 12.—1857.